

PASCUA 2012 - ACOMPAÑAMIENTO

Lugar: El Gólgota. Es un monte de cruz, amor y llanto. Un lugar cargado de densidad. En él está el amor fiel y atravesado de una madre, la fidelidad de un discípulo y el coraje de aquellos que no abandonan; la esperanza herida de un ladrón bueno y el rencor ciego de un mal ladrón; el reconocimiento asombrado de un centurión, la burla incrédula de quienes no son capaces de comprender y piden pruebas; la indiferencia de quienes se reparten sus ropas; y, sobre todo, una muerte que es consecuencia de una forma de vida; una entrega que se fue haciendo de gestos, palabras, y obras; una vida que, pese a la apariencia de fracaso, va a explotar imparable; una entrega confiada en las manos de un Dios que, siendo misericordia, no puede dejar de serlo aunque todo haga pensar lo contrario.

Lc 23, 33-49

Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.» Se repartieron sus vestidos, echando a suertes. Estaba el pueblo mirando; los magistrados hacían muecas diciendo: «A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido.»

También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre y le decían: «Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!» Había encima de él una inscripción: «Este es el Rey de los judíos.»

Uno de los malhechores colgados le insultaba: «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!» Pero el otro le respondió diciendo: «¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho.» Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino.» Jesús le dijo: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. El velo del Santuario se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, *en tus manos pongo mi espíritu*» y, dicho esto, expiró. Al ver el centurión lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: «Ciertamente este hombre era justo». Y todas las gentes que habían acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho.

Jn 19, 23-38

Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, con los que hicieron cuatro lotes, un lote para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo. Por eso se dijeron: «No la rompamos; sino echemos a suertes a ver a quién le toca.» Para que se cumpliera la Escritura: «*Se han repartido mis vestidos, han echado a suertes mi túnica.*» Y esto es lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo.*» Luego dice al discípulo: «*Ahí tienes a tu madre.*» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: «Tengo sed.» Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: «Todo está cumplido.» E inclinando la cabeza entregó el espíritu.

Los judíos, como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado - porque aquel sábado era muy solemne - rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua.

El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: «*No se le quebrará hueso alguno.*» Y también otra Escritura dice: «*Mirarán al que traspasaron.*» Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo.

Vamos a hablar de la necesidad y la importancia del acompañamiento a través de todos los personajes que «acompañaron» a Jesús en los últimos instantes de sus vidas. Ellos nos dan toda una pedagogía de lo que es un buen/mal acompañamiento.

¿Qué es acompañar?

Acompañar es ESTAR AL LADO DE OTRO, pero es algo diferente dependiendo del contexto en que acompañemos.

- Para un director o un acompañante espiritual.
- Para un servidor de grupo.
- Para un responsable de servicio o de Ministerio.
- Para hermanos que caminan en comunidad.

¿Por qué la necesidad de acompañar?

Porque caminamos en un “Gólgota” permanente, en un Paraíso permanentemente acechado por la muerte que es el pecado. Necesitamos impulsar y ser impulsados para perseverar firmemente en el camino de santidad al que somos llamados a recorrer.

LOS PERSONAJES DEL GÓLGOTA.

- Jesús, el crucificado.

El acompañante eterno. La gran y única referencia de un buen acompañamiento cristiano. No hacemos ningún bien a nuestro hermano si conseguimos que éste nos mire a nosotros o admire nuestras cualidades, generosidad, fidelidad, etc. Nosotros siempre señalamos a quien es camino, verdad y vida; a quien tiene palabras de vida eterna, a quien posee el agua que calma verdaderamente la sed.

El buen acompañante **conduce a Jesús** y no a sí mismo. Es **generoso y abnegado**: no le mueve ningún interés personal o fomenta la relación con el otro para beneficiarse personalmente de ella. Persevera en el amor y en la entrega al otro, con verdadero espíritu de servicio, aunque no encuentre recompensa. Es siervo inútil y hace lo que tiene que hacer, no aquello que desea o que le satisface.

El buen acompañante, como Jesús en la cruz, **perdona e invita al perdón**. En el mundo de las relaciones humanas, es el ejercicio que más veces debemos realizar.

- María, al pie de la cruz.

Ella no se rinde y acompaña hasta el final, a pesar de tener el corazón desgarrado por el dolor y a pesar de tener que presenciar un drama tan duro e injusto.

María, con su testimonio de fe y acogida, nos da la clave para vivir dos situaciones muy cotidianas en nuestras vidas:

- Cuando no comprende, no rebelarse ante lo que no puede llegar a entender, sino guardar las cosas en el corazón.
- Cuando la vida le golpea duramente, no culpar a Dios por su desgracia, sino permanecer a los pies de la cruz.

Por eso, a ella le pedimos cantando que nos conduzca y nos lleve a Jesús. Ella es la compañera fiel en todos los momentos trascendentes de la vida de Jesús. Ella, con su ejemplo, nos muestra el camino seguro que nos conduce a los pies del Maestro, del Redentor, del Salvador.

Como ella, el buen acompañante **anima a la perseverancia hasta el final en Jesús**, a no rendirse ante las dificultades, a mantenerse firmes en la fe a pesar de las diferentes crisis existenciales y situaciones dolorosas que se van dando a lo largo de la vida.

- Juan, el discípulo que permanece fiel a los pies de la cruz.

Nunca podremos ser buenos discípulos de Jesús si, en los momentos de dificultad, no perseveramos abrazados firmemente a la cruz.

El buen acompañante, **afianza en la fe al otro**. Es perseverante en los pilares básicos de la vida cristiana (oración, sacramentos, lectura y meditación de la Palabra, acompañamiento, formación, servicio) y motiva a los demás para mantenerse firmes en ellos. Esta actitud nace de un convencimiento íntimo: es la ayuda más valiosa que podemos proporcionar a los otros.

“Hijo, ahí tienes a tu madre”. El buen acompañante **señala hacia nuestra “madre terrenal” que es la Iglesia**. Empuja hacia un camino de fe vivido en comunidad y no de forma individualista. Es la comunidad la que nos alienta, la que nos ayuda a perseverar, la que nos corrige, la que descubre nuestros carismas y nos invita a que los desarrollemos. Fuera de ella, estamos perdidos.

- **Los soldados, que echan a suertes sus vestidos.**

La rutina, el trabajo sin sentimientos, la banalización del mal. Para ellos, Jesús no es nadie importante sino un condenado más.

El buen acompañante **trata de ver la belleza del hermano**, la preciosa obra de creación que Dios ha hecho al darle vida; ver en el otro alguien importante que merece nuestra atención, nuestro respeto y nuestra entrega.

- **El pueblo, que mira impasible la escena.**

Un pueblo indolente, aburrido, que contempla el drama ajeno sin tomar partido.

El buen acompañante **se implica, se interesa, se compadece y se mueve**. Busca conocer las inquietudes del otro, sus motivaciones más íntimas, lo que anhela, lo que desea, lo que le mueve, lo que le falta, lo que le preocupa. Sin embargo, **trata de no fomentar relaciones de dependencia**. Mantiene siempre un buen equilibrio entre distancia y cercanía.

- **Los magistrados, los soldados y el mal ladrón que se burlan de Jesús y le provocan.**

“A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido”.

El buen acompañante **invita a no caer en la tentación sino a confiar en Jesús**. El que acompaña no tiene soluciones para todos los problemas y, por tanto, **no trata de dar recetas mágicas sino de orientar al otro en su discernimiento a la Luz de Dios**. Dios tiene un plan perfecto pero misterioso para la comprensión humana.

- **El buen ladrón, que corrige al mal ladrón.**

“¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho.”

El buen ladrón no se deja influenciar por todo el halo de maldad e injusticia que se mueve alrededor.

El buen acompañante **corrige a su hermano con autoridad y pedagogía**. Estimula y alienta su desarrollo personal y su crecimiento espiritual, haciéndole reflexionar sobre aquellas facetas de su vida que aún no están bañadas por la vida y la gracia de Dios.

El buen acompañante, como el buen ladrón, implora la misericordia de Dios y la acoge en su corazón. Por ello, **no juzga ni condena al otro**, sino que es signo de misericordia acogiendo, perdonando y señalando al hermano el camino de perfección en el amor al que Dios nos llama.

- **El centurión, que reconoce la grandeza de Dios.**

“Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. El velo del Santuario se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» y, dicho esto, expiró. Al ver el centurión lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: «Ciertamente este hombre era justo»”.

En los momentos más difíciles y oscuros, sólo nos queda confiar en la manifestación de Dios. Muchas veces a través de ella, hemos visto conmoverse muchos corazones incrédulos o alejados.

El buen acompañante, al poner toda su confianza en el Poder de Dios, **no intenta salvar al hermano sino acercarle a Aquél que verdaderamente puede salvarle**.

El buen acompañante **ayuda a vivir las crisis como oportunidades de crecimiento** en nuestro camino de perfección. Nos ayudan a ser conscientes de nuestras debilidades y de nuestra ceguera, a no seguir caminando en tinieblas, a reflexionar acerca de los pilares sobre los que construimos nuestra existencia, a valorar las cosas verdaderamente importantes, a discernir nuevos rumbos para nuestras vidas, etc.

- **José de Arimatea, que recoge el cuerpo de Jesús.**

El “*secundario de lujo*” de este reparto. Él no ha podido influir en el hecho sustancial que es salvar o condenar a Jesús. Él, cuando todos se han ido, se encarga de una tarea oscura e ingrata: trasladar el cuerpo de Jesús al sepulcro.

El buen acompañante **anima a valorar y ensalzar TODAS las aportaciones**, pues todas construyen la obra de redención y sin ellas, simplemente, no se realiza. ¿Cómo se podría celebrar esta Pascua sin la entusiasta aportación de tantos y tantos que glorifican a Dios con su servicio humilde, sencillo y abnegado?. El buen acompañante anima a trabajar en lo escondido, a que todo el mundo tome conciencia de su valiosa aportación para la construcción del Reino.